CARTA

DEL

SR. DR. D. ANTONIO GRIMALDI,

Y DEFENSA

QUE DE ELLA HAN HECHO VARIOS DE SUS AMIGOS,

EN EL DIARIO

"LA REPUBLICA" DE ESTA CAPITAL.

1885.



CARTA

DEL

SR. DOCTOR D. ANTONIO GRIMALDI,

Y DEFENSA

QUE DE ELLA HAN HECHO VARIOS DE SUS AMIGOS,

EN EL DIARIO

"LA REPUBLICA" DE ESTA CAPITAL.

1885.



SAN SALVADOR.

IMPRENTA DEL DR. FRANCISCO SAGRINI, CALLE DE LA AURORA, N. 9.

DOS PALABRAS.

I.

Con el nombre de *rojismo* confunden los sistemáticos ante sí y por sí, á todo hombre ilustrado, que piensa según el dictado de su conciencia, que no admite nada ciegamente, que no se envuelve en los misteriosos repliegues del dogma, que no promulga oráculos. El nombre de liberal, es para esos buhos de la conciencia, sinónimo de hereje, de sangre, de destrucción, de impiedad.

Ellos no creen en la santa misión del hombre que cumple con sus deberes, que ama á la libertad, que practica el bien, que vive honradamente, que ejerce la virtud, si ese hombre no se inclina reverente ante la palabra infalible del camandulero ó del sacristán que deja sus campanas para asuzar á los creyentes en el eterno odio contra los hombres libres, contra los que llevan la frente alta y la conciencia clara para iluminar la mente de los pueblos y confundir las bellaquerías de esos inquisidores del espíritu.

Ellos detestan al hombre de ideas que quiere estirpar la ignorancia, la ignorancia que engendra frenéticas pasiones, furores insanos de arpías desgreñadas que excitan al odio contra las personas independientes, desconociendo en ellas la superioridad moral de que están dotadas y presentándolas como entes sin virtud, sin moral, sin genio, obcecados en la maldad y el vicio.

Para ellos son sagradas esas pobres almas que empapadas en estúpidas supersticiones hacen que la esposa abandone al esposo, el hijo á la madre, que ésta ó la hija abandonen el hogar y entren á un convento, como la célebre madama de Chantal que pasó sobre el cuerpo de su hijo echado en el umbral de la puerta para impedirla salir de su casa al monasterio de la Visitación.

No queremos impugnar aquí al ultramontanismo; sí, lo acusamos de intolerante é intransigente y de querer mante-

ner al pueblo en una vergonzosa sujeción al fanatismo. ¿Y á qué tiende esto? Obedece al imperio que se desea ejercer en las cosas del cielo y sobre todo en las terrenales, mezclándose indebidamente en los debates de la política, queriendó sobreponer al criterio sensato é ilustrado las debilidades é hipocresías de obstinados santurrones y el celo exajerado de los apóstoles de la intolerancia, angelotes grotescos é iracundos que bajo el velo de la virtud encierran la falsía, la usura, el egoísmo, y son los réprobos que maldicen la santidad de Dios y reniegan en su corazón de la pureza de la moral.

II.

De nuestros modernos hombres públicos, ninguno acaso haya sufrido más la zaña injusta de los fanáticos y conservadores que el doctor don Antonio Grimaldi. Y sin embargo, ningún hombre ha acatado más las creencias ajenas é introducido en el sistema liberal la igualdad, la legalidad y el respeto á la opinión y á las instituciones. Oigámosle. "¿Se pretendía alarmar al fanatismo? Pues bien, mis ideas filosóficas están en mi conciencia con el mismo derecho que tienen todas las sectas. ¿Se pretenderá que sólo yo quede excluido de la libertad de pensar?......Muchos y numerosos amigos tengo en el clero centro-americano, precisamente los de más talento y moralidad; nos debemos servicios mutuos, confianza, intimidad y miramientos recíprocos...... Los intransigentes en filosofía son ya muy pocos y quedan confundidos entre el vulgo de los perniciosos: la libertad de conciencia es un dogma universal que nos hace ciudadanos del globo terrestre. El genuino liberalismo tiene convicciones propias y respeta las agenas, de otro modo no se concibe la libertad."

Quien así habla no puede menos que estar inspirado en los dogmas de la democracia. Es un ferviente puritano de la República, profeta sin alucinaciones, apóstol de la nueva doctrina. Su vida ejemplar proclama una reputación sin tacha, que le han granjeado una popularidad merecida, sostenida por sanos principios y por una modestia que marca al republicano austero y al principista tan respetuoso á las leyes de la República, como á la religión cuando represente el derecho y la justicia, la caridad y el buen ejemplo.

Pero para comprender al doctor Grimaldi bajo su verdadero aspecto, bajo esa fisonomía que lo distingue tanto de los políticos mercaderes, es necesario estudiar sus actos

como hombre afiliado desde antiguo al partido de la libertad.

Se ha dicho con razón que nuestros partidos son implacables; que no tienen reflexión sinó pasiones de espíritu y malevolencia hacia los hombres mejor intencionados. Y así sucede con el doctor Grimaldi, que desde 1863 no ha hecho sinó sostenerse en la esfera de los principios liberales acrecentando su popularidad por su firmeza contra el servilismo, contra la tiranía, ya provenga del cuartel ó de la sacristía. Todos sabemos por qué le ha odiado el partido dueñista y tras éste el clericalismo intransigente con todo lo que á distancia huele á liberalismo, es decir, á hombres que no toleran la servidumbre de la conciencia, ni menos que la burda caperuza monacal cambie las instituciones que son la gloria de la América por los syllabus y consistorios que proclaman los autos de fé, que niegan la supremacía del Estado y encadenan á la intolerancia de Roma cuanto la civilización y el progreso han conquistado en largos siglos de laborioso y no interrumpido trabajo.

Todos oímos aquellas profundas y elocuentes filípicas que el doctor Grimaldi, en el Senado de 1872, dirigió al verdugo del 65. Todos sabemos su conducta leal y prudente en el Ministerio de Gobernación en aquella época; las persecuciones que aquí sufrió en 1876; sus trabajos en pró de la enseñanza en el Instituto de Quezaltenango; su activa propaganda liberal en Guatemala; sus peregrinaciones por Méjico y Estados-Unidos buscando elementos contra el despotismo.

En la razonada y veraz defensa que algunos de sus amigos hacen del señor Grimaldi y que se leerá en seguida, está exhibido el hombre público en toda la plenitud de sus ideas y de su honradez, en su carácter modesto, en sus severas doctrinas republicanas, en su constancia en sostener su causa y en su desinteresada cooperación en el partido de los Morazán, de los Barrios y de los Menéndez. El hombre público que es odiado por insulsas beatas y rancios conservadores, porque es el atalaya de la libertad; el que con ojo avisor ha descubierto sus patrañas y dado á los pueblos la voz de alerta, y es la representación del patriota y la personificación del libre.

III.

Urge realizar la obra de redención. Fusión de todos los elementos liberales para encaminar los grandes destinos

del pueblo á su emancipación política y religiosa. Convirtámonos todos en obreros del progreso; pongámonos todos al servicio de la santa causa de los pueblos. Honradez y lealtad son las alas de toda revolución redentora; la libertad pide el desaparecimiento de las sombras para rebajar el nivel del crimen. Que la Revolución sea fecunda: que aparte las ambiciones, los fanatismos, las absorciones, los círculos personalistas.

Mientras tanto, nosotros cumplimos con un deber publicando en conjunto cuanto se ha escrito en defensa del señor Grimaldi, y aprovechamos la oportunidad de enviarle las muestras de la más cordial adhesión que le porfesan,

Sus amigos.

LA CARTA

DEL SEÑOR DOCTOR GRIMALDI.

LEÍMOS con placer este importante documento: en él se ve al hombre tal como es, como siente y como piensa. Ningún antifaz, ninguna frase mentida: al través de aquellas palabras de fuego, se adivina una conciencia honrada, un carácter entero y una inteligencia clarísima, acostumbrada á explanar la verdad y á enunciarla en toda su amplitud.

En tiempos en que la farsa está á la orden del día y en que la política no es más que un pretexto para la realización de interesadas miras, espíritus como el del señor Grimaldi son como meteoros que, con su prístina luz, vienen á recordar á la sociedad aquella pléyade de patricios que supieron darnos patria y libertad, las cuales no hemos sabido conservar merced á nuestros lamentables desaciertos.

Mucho se finge honradez, patriotismo, y bajo la máscara de estas virtudes, germinan las más bajas pasiones y el más refinado egoísmo. En contraposición de estas miserias, aparecen los hombres como el señor Grimaldi, que nada quieren para sí, que todo lo sacrifican en bien de su patria.

Desde luego suponemos que la publicación de la mencionada *Carta* ha sido contraria á la voluntad de los que profesan la teoría del lucro y que para llevarla á cabo no tienen

inconveniente en amoldarse á todas las situaciones; pero ya que ellos no descansan en su obra nefanda, bueno es que la voz del verdadero patriotismo se deje oír y haga abrir los ojos á quienes por candidez ó por impremeditación se han puesto en manos de esos lobos con piel de oveja.

Comienza el señor Grimaldi emitiendo sus ideas sobre el trabajo: dice que ha hecho y hará de él una incansable propaganda; tal es la verdad. Quien estas líneas escribe le ha visto, cual otro Cincinato, entregado á sus labores agrícolas, y conoce hasta donde se encuentra encarnado en él el deseo de que su país comprenda que su bienestar y su grandeza sólo pueden estar en la vida del trabajo.

Hay entre nosotros monomanía de *hacer política* y cualquier papanatas ó pica-pleitos se cree autorizado para inquietar á estos infelices pueblos. Cuando la generalidad tenga, como la tiene el señor Grimaldi, la religión del trabajo, habrá concluido, y para siempre, esa malhadada costumbre de preocuparse tanto de la cosa pública. El indiferentismo es malo, pero todavía es peor la *politiquería* artera y desatentada.

El señor Grimaldi se defiende en su carta de los cargos que sus enemigos le hacen respecto á sus ideas, y con la sinceridad del que nada teme ni nada quiere, hace una profesión de fé en que se destaca el ☞ hombre de avanzados principios, sin la intransigencia ni la intolerancia de las escuelas autoritarias. ☜

Avergonzados han de estar los que en su afán de desacreditarlo, presentaban al señor Grimaldi como la encarnación del *rojismo*, en el mal sentido de la palabra. Esa carta, escrita con toda la sencillez republicana que caracteriza á su autor, es el más solemne mentís que puede dárseles á sus enemigos y calumniadores.

Los atenienses decretaron á Demóstenes una corona, después de oír su discurso sobre los mártires de Queronea; los buenos salvadoreños han de consagrar su amor al señor Grimaldi, después de leer la carta á que nos hemos referido.

CARTA A MIS AMIGOS.

Antes de ir á ver mis trabajos agrícolas después de nueve años de abandono, me doy el gusto de contestar cuantas cartas vengo recibiendo desde que ocupé los primeros pueblos de Oriente: contienen tan diversas fases de la revolución que sería preciso escribir un folleto para satisfacer á todos, y siendo ya poco el tiempo que me queda, suplico á cada uno de mis amigos se contenten con la parte que les toque á grandes rasgos.

La inmoralidad cada día creciente en la política iba entibiando nuestros sueños de regeneración, hasta desencantarnos y tomar la resolución de excluirnos en todo asunto de interés político, empleando nuestra actividad en propagar conocimientos agrícolas, llamando á todos al trabajo, como la primera base de toda trasformación social. Estupinián, víctima de una tiranía, emigró jóven, lleno de entusiasmo y perseverante en la idea de reconstrucción: juntos en calma meditábamos contemplando las ruinas de la patria y persuadiéndonos más y más de que los partidos luchaban en un círculo vicioso sin echar los fundamentos de la moral social.

Nos convertimos en apóstoles del trabajo y llevamos la propaganda hasta el fastidio en la prensa y en la cátedra altenses. No pretendemos haber operado allá la deseada trasformación; nuestro pequeño contingente siguió la corriente de aquel pueblo tan iniciador, y pronto nos confundimos con los hijos de aquel suelo privilegiado: tuvimos patria, la patria de los talleres y de las empresas de todo género.

Nuestra correspondencia con los amigos de Centro-América fué siempre un llamamiento al trabajo y una protesta franca contra todo asunto político. El General Streber, atraído por nuestros propósitos, me pidió una entrevista en el puerto de San José: aplaudió nuestro plan y formó con nosotros el solemne compromiso de retraernos para siempre

2

de la política. El se había dedicado á la minería en Honduras y nosotros á la agricultura en los Altos.

Al principiar la guerra nacional, me encontraba en la América del Norte procurando la salud de una hija. Al desembarcar en Puerto-Cortés ví el decreto de 28 de Febrero y la declaración del Congreso hondureño proclamando la Unión centro-americana, rechazada por los demás estados: en todas partes se hacían aprestos de guerra y no tardé en quedar incorporado al ejército del General Bográn, que marchaba á las plazas de Choluteca y Nacaome á donde se dirigían en combinación las fuerzas de Zaldívar y Cárdenas, que no nos atacaron por haberse iniciado el tratado de Namasigüe, volviendo en seguida las cosas al estado normal.

Esperando el vapor en Amapala, que se demoró por el incendio de Colón, tuve tiempo de saber que el general Menéndez levantaba la bandera revolucionaria en Occidente, y que había manifestado á sus compañeros la idea de proclamar mi candidatura, pues para nada había tomado en cuenta sus grandes méritos en el partido liberal. Al recibir esta noticia (lo digo con ingenuidad), temí que se desvirtuara la revolución y me apresuré á secundar el movimiento en Oriente, proclamando yo su candidatura con los pueblos y la fuerza de voluntarios que improvisé en la frontera de Guascorán.

Presento este ligero episodio de la revolución en su cuna, para que los ambiciosos se persuadan de que el genuino bando liberal no merodea ni lucha en provecho de las personas, sinó de la idea. Otro tanto puedo decir del general Rivas, á quien tantas veces le llegaron consejos de asumir el poder cuando la victoria coronaba sus sienes: éste en el centro y el general Pérez en Occidente, mantuvieron á raya á todos los consejeros que les supusieron ambición. Compárese este cuadro con el cinismo de los que á última hora componían el Gobierno usurpador.

Cuando ocupé los pueblos de Oriente estaba destruida la línea telegráfica y me fué imposible saber el estado de cosas en la capital: en este concepto asumí el mando militar de los cuatro departamentos mientras podía recibir las primeras órdenes. Durante esta incomunicación me abstuve de hacer grandes alteraciones: apenas designé provisionalmente un gobernador en San Miguel, otro en La-Unión, suprimí las comandancias locales y bajé las guarniciones; en nada toqué los departamentos de Usulután y Gotera: el 1º porque siendo el de mi domicilio, no quise que se me atribuyera odio ni favoritismo, y el 2º porque esperó quieto

las órdenes del Gobierno que ofrecí en mi tránsito.

Si hay alguien que quiera alterar estos hechos, espero lo haga con franqueza en la seguridad de que no lo trataré con dureza.

Por fin apareció la comisión del Gobierno para nombrar empleados, única cosa que quedaba que hacer: disolví la fuerza de voluntarios y hasta entonces pude venir á ver al amigo con quien pasé el primer año de ostracismo saboreando las amarguras del emigrado.

Al llegar, lo dije muy claro, y lo repito: no vengo á pedir ni quiero aceptar puesto alguno. Tengo intereses fuera del país que no puedo abandonar en perjuicio de mis hijos: los empleos son una calamidad para el hombre de trabajo, son el cáncer de la política, el lodo en que se agitan los mendigos de toda administración, abatiendo el carácter de la nación. Queremos ver levantada la frente del hombre libre por la independencia del trabajo, único resorte no gastado por el despotismo desmoralizador de nueve años.

Los pocos explotadores de todas las situaciones me ven como un estorbo para conseguir sus fines: los que quisieran dominar la revolución encarrilándola para volver á las andadas, se preocupan mucho de mi visita á la capital; pero nuestros correligionarios pueden contar con la rectitud del general Menéndez, y con la franqueza que acostumbro en los momentos mas decisivos y solemnes para decir la verdad, pues si algunos han llegado á creer que una palabra mía puede falsear alguna careta mal acondicionada, deben estar entendidos de que esa palabra sólo será dicha en bien del país y en pro de los principios.

Mis amigos no deben alarmarse de las pequeñas é insignificantes maquinaciones que pusieron en juego los caídos: el Gobierno usurpador dijo que yo venía de Ministro General quitando á los sacerdotes su hábito talar. ¿Se pretendía alarmar al fanatismo? Pues bien, mis ideas filosóficas están en mi conciencia con el mismo derecho que tienen todas las sectas. ¿Se pretenderá que sólo yo quede excluido de la libertad de pensar? Los partidos políticos del mundo bajo todas las sectas conocidas, tienen su programa administrativo con entera independencia de lo que cada cual piense en filosofía.

Para vergüenza de estos maquinadores me permito extenderme un poco más sobre esto. Muchos y numerosos amigos tengo en el clero centro-americano, precisamente los de más talento y moralidad; nos debemos servicios mutuos, confianza, intimidad y miramientos recíprocos, sin que por

un momento ellos ni yo hayamos falseado nuestros principios. No hace mucho tiempo sostuve por la prensa altense una polémica de fondo con uno de los más conspicuos sacerdotes de aquella región : la cuestión de principios por un lado y por otro la amistad tomaban creces cada día, sin que por un momento se haya notado la más ligera inconsecuencia entre los dos. Para desgarrarse la cara tratándose de principios, es preciso renunciar del sentido común.

Los intransigentes en filosofía son ya muy pocos y quedan confundidos entre el vulgo de los perniciosos: la libertad de conciencia es un dogma universal que nos hace ciudadanos del globo terrestre. El genuino liberalismo tiene convicciones propias y respeta las agenas, de otro modo no se concibe la libertad.

Esto no es para mis amigos, es para los retrógrados. Me llaman rojo, y es verdad que en Atenas me habría puesto el gorro frigio que era rojo, en Colombia y en el Norte habría tomado las divisas de Bolívar y de Washington, como uso las de Morazán y Gerardo Barrios aquí, rojas también; pero he notado que esta palabra se pronuncia con desdén y he preguntado ¿por qué razón? Se contesta que el rojismo significa derramamiento de sangre.

Nunca he sido conservador para complacerme en el derramamiento de sangre; nunca he sido cómplice de ningún crimen: al contrario, he levantado mi voz y la espada de la ley contra los asesinos, contra las dictaduras que han ensangrentado al país y contra todo atentado. Dueñas estuvo en mis manos cuando González invadió á Honduras: fuí el que más le condenó en el Senado, pero le dí seguridades en su prisión. Zaldívar, el que tantas veces me mandó asesinar, el que arruinó al país y lo sepultó en la desgracia, si hubiese caído en mis manos, habría sido conducido ante sus jueces, sin arrogarme otras facultades.

En mi tránsito por los pueblos de Oriente, ¿nó he recibido á todos mis enemigos con los brazos abiertos? Ni una sola palabra depresiva contra nadie podrá citarse durante ese tiempo en que asumí toda la responsabilidad por no poder recibir órdenes del Jefe de la revolución.

Acepto, pues, el calificativo de rojo y mis amigos que llevan el mismo título ó divisa deben estar satisfechos. En oposición á esto siempre se ha levantado un partido de *orden y progreso*, que nos desprecia: la sanguinaria dictadura del 63 al 71 llevaba ese lema, repetido en la del 76 al 85. Orden y progreso para matar, robar y envilecer al pueblo.

Cuando alguno me dice que pertenece al partido del or-

den ó de los hombres de bien, veo siempre tras la careta del que habla por lo menos alguna idea encubierta, alguna piel de carnero que disfraza un fin nada legítimo. Hay de cierto que en política las palabras tienen un significado distinto de la acepción corriente; pero el rojismo lleva el sello de la franqueza y de la ingenuidad.

Los pocos que tienen el merodeo en perspectiva y que me suponen el falso deseo de hacer política, me consideran como sombra de la revolución, ó como un elemento desprestigiado. Sobre lo primero ya dije lo suficiente: sobre lo segundo voy á decir.

Sin referirme á Ultra-Lempa, donde el liberalismo está en mayoría, no tengo la culpa de que en la capital se me haya recibido con ovaciones populares y demostraciones de cordialidad, probándonos esto que no estamos tan aislados, ni desprestigiados: esto no quiere decir que deje de ser refractario para ciertas individualidades; me refiero á la generalidad, al pueblo, á los que nada pretenden y ven con ojos imparciales la trasformación que se está operando.

Esto entendido, y que me he violentado para decirlo, comprometido por tanta pregunta, quiero ya finalizar mi carta.

El programa de la revolución como lo comprendemos los que hemos tomado parte en ella, está impreso y reproducido en varios periódicos: él es el alma del Gobierno Provisional; no ha sido una palabra aislada mía, es la aspiración del país. La revolución debe terminar en un Congreso que le dará su forma definitiva y allí debeis mandar á los hombres que mejor interpreten la opinión. Huid de los diputados cajoneros, ó *siete peseros*, befa y escarnio de aquellos países en que la inmoralidad agotó á los hombres; porque no son hombres los que se despojan de su razón y de su conciencia.

También se me hace otra pregunta y se me exige decir por qué me quiero retirar. Sencillamente, porque no tengo salud en estos climas: ofrezco venir con frecuencia y tomar parte en todo aquello que mis correligionarios quieran; pero mi retirada no es mañana, ¡ alto ahí! tenemos algo que hacer. Vamos á emprender otra campaña de regeneración parlamentaria: reclutaremos gente nueva, digna y libre que represente al pueblo: queremos ver desde la galería la revolución de las ideas.

No dejaré para la post-data el asunto principal. Tengo que denunciaros un defecto del general Menéndez, abusando tal vez de la amistad.

No quiere la Presidencia, ni la Provisional: la ambición nunca ha tocado ese corazón catoniano, y éste es un defecto que debe lavarlo el partido liberal trayéndolo forzosamente al poder.

Toca, pues, á los liberales uniformar la opinión que, aunque compacta, no dejará de ser explotada por algunos ambiciosos, y contra éstos hay que ponerse en guardia. Esta es mi candidatura que sin trabas puedo lanzar por la prensa en mi condición de ciudadano.

Me despido temporalmente de mis amigos, ofreciéndome como siempre atento servidor,

Antonio Grimaldi *

San Salvador, Julio de 1885.

---

* Con motivo de la publicación de esta *Carta*, los reaccionarios han tomado pié para atacar al señor Grimaldi, colmándole de insultos. "La Nueva Era," periódico semi-oficial, defensor del círculo nepotista y conservador encabezado por el señor Gallardo, publicó varios artículos en este sentido, y "El Chachacaste," en su n? 5, ha publicado otro que, según se dice, es obra del doctor don Carlos Bonilla. A esta última producción se refieren los artículos siguientes.

EL SEÑOR GRIMALDI

Y "EL CHACHACASTE."

Se nos dijo que el doctor Grimaldi contestaría al autor del artículo que, como editorial, figura en el número 5 de "El Chachacaste", correspondiente al 1º del mes en curso. Por eso nos habíamos abstenido nosotros de tomar la palabra acerca de dicha publicación; mas una vez convencidos de que el señor Grimaldi guardará silencio, creemos de nuestro deber tomar la defensa del amigo y del hombre público tan apasionadamente juzgado por ese escritor que, para lanzar insultos, se parapeta primero á la sombra del anónimo, dando á entender con sólo esto que no tiene ni el valor de sus convicciones ni el mérito de la franqueza.

A nuestro juicio, el señor Grimaldi no necesita sincerarse de los cargos que le hace el anonimista en cuestión: su nombre, sus ideas y su carácter, son harto conocidos dentro y fuera del país, y no es un triste artículo de periódico, forjado de falsedades é injurias chocarreras, lo que puede desvanecer una reputación tan bien sentada como la suya. ¡Quién sabe si sirva para aumentar los prestigios conquistados y para avivar más el cariño y la admiración de sus compatriotas! ......

Pero haciendo á un lado que el señor Grimaldi pierda ó no en el concepto de la opinión, trataremos de restablecer la verdad, maliciosamente desfigurada en el editorial de "El Chachacaste". Se refiere su autor á la *Carta á mis amigos* del señor Grimaldi, publicada en el "Diario Oficial", y comienza negando que el señor general Menéndez hubiera pensado alguna vez en la candidatura del señor Grimaldi para Presidente. La mejor prueba respecto á este hecho es el testimonio auténtico del mismo señor general Menéndez, consignado en la contestación á la siguiente carta dirigida á él por un amigo del señor Grimaldi. Después de lo que el señor Presidente asegura bajo su firma, nadie se atreve-

rá á dudar de que el primer aserto del anonimista está destituido de todo fundamento. Véanse dichas cartas:

San Salvador, Agosto 9 de 1885.

Señor general don Francisco Menéndez,
Presidente de la República. — Pte.

Señor:

Sabiendo que el señor doctor don Antonio Grimaldi guardará silencio respecto á los ataques que últimamente le han hecho dos periódicos de esta capital, varios amigos de él hemos dispuesto tomar la palabra y hacer su defensa.

Para ello rogamos á U. se sirva decirnos:

1º Si es cierto que en casa del señor general Barillas, Presidente de Guatemala, hablándose de revolución, U. propuso la candidatura de Grimaldi, y que en su campamento de Santa Ana U. recibió la proclama en que él apoyaba la candidatura de U. en Oriente.

2º Si hubo motivos poderosos que demoraran la salida del señor Grimaldi de Amapala, y

3º Si la comisión del Gobierno compuesta de los señores Ayala y Rivas fué á poner coto á los desmanes de Grimaldi, ó á nombrar empleados de acuerdo con él y Estupinián.

Suplicando á U. se sirva disimular esta molestia y esperando su contestación al pié de la presente, me suscribo de U. muy atento y S. S. — *Francisco Castañeda.*

Señor don Francisco Castañeda. — Pte.

Muy señor mío:

Accediendo á sus deseos, y en obsequio á la verdad del contenido de su carta, me es grato decirle, que es cierto en todas sus partes el contenido del primer punto.

Que no tengo noticias de las causas que demoraran la salida del señor Grimaldi de Amapala, y por último, que es cierto que la comisión del Gobierno compuesta de los señores Ayala y Rivas, fué á nombrar empleados de acuerdo con los señores Grimaldi y Estupinián, aunque no pudieron ponerse de acuerdo. (*)

Con lo qe dejo contestada su carta, quedando de U. su muy atento servidor — *Francisco Menéndez.*

En cuanto á la eficacia y oportunidad de los servicios militares prestados por el señor Grimaldi en favor de la revolución, inútil es que sus enemigos la nieguen. Por ello no

(*) Porque no se juntaron para ello; apenas llegó la comisión á San Miguel, salió Grimaldi para acá, descansando en el voto de Estupinián.

entraremos en disputas. A Grimaldi se le aprecia y se le apreciará siempre, no por hazañas militares, sinó porque se ve en él al hombre de ideas puras, avanzadas, republicanas y porque en la lucha por el triunfo de esas ideas no busca el medro, el interés ni la realización de ambiciones personales. El pueblo no quiere admirar más á los falsarios políticos que, bajo el antifaz que los hace aparecer como defensores de sus derechos, ocultan el egoísmo, la ambición y el cálculo, que consumen hasta la última gota y el último céntimo de la sangre y los caudales de ese mismo pueblo. Desea que triunfen los verdaderos patricios, los hombres–principios, como alguien ha dicho.

Creemos que el señor Grimaldi no fué un héroe en la pasada campaña, porque su prestigio evitó combates, y sin embargo, no vemos en esto nada que le desfavorezca. Pero no es cierto que sus servicios hayan sido ineficaces. La revolución, ante todo, fué obra de la opinión: lo que las bayonetas no hubieran podido hacer ó hubieran hecho con incalculables sacrificios, se obtuvo por medios, aunque no destructores, pero igualmente eficaces para el triunfo de las fuerzas libertadoras. Si el efímero Gobierno de Figueroa llega á apoderarse de la opinión, ni al General Menéndez ni á cualquier otro caudillo le hubiera sido fácil concluir con aquellos restos de la tiranía. Sabido es que aquel Gobierno, con todo y ser usurpador, contaba con mayores recursos y con mejores y más numerosos elementos de guerra que los revolucionarios, y que, por lo mismo, una vez afianzado en la opinión la desventaja hubiera sido para éstos. Pero el desprestigio cundió y solo los nombres de algunos patriotas bastaban para llevar la desorganización y el desaliento á las filas de las tropas figueroístas. Pues bien, uno de esos nombres fué el del señor Grimaldi, tan prestigiado en el país entre los liberales y muy especialmente en los departamentos de Ultra–Lempa. Al aparecer este sugeto por Oriente, á la cabeza de unos cuantos patriotas, las plazas de San Miguel, La–Unión, etc., quedaron en la imposibilidad de hacer una formal resistencia, pues la deserción cundía y hasta los mismos jefes procuraban ponerse en inteligencia con el señor Grimaldi. Y esto que todos supimos en esta capital, vino á desbaratar los planes que, como último esfuerzo, pensaba llevar á cabo el gobierno de Figueroa. Buena prueba de ello es la respuesta de uno de los jefes entonces en servicio aquí, quien estaba empapado y de lleno comprometido en dichos planes que, al ser realizados, acaso prolongaran la lucha contra toda idea de humanidad y patriotismo.

San Salvador, Agosto 10 de 1885.

Señor General don Francisco Ruiz. — Pte.

Oí decir que entre los últimos esfuerzos del General Figueroa hubo el plan de trasladar el Gobierno y teatro de la guerra á San Miguel, ya sea por la importancia y riqueza de los departamentos orientales, ya sea porque se contaba con el partido de Samayoa, con los auxilios inmediatos de Nicaragua, y tal vez con *algo más* que no apareció por entonces.

Sé que usted estaba al corriente de todo esto, y desearía saber las causas que motivaron aquel plan y las razones que lo impidieron.

Sin mas, soy de usted atento seguro servidor.

F. Castañeda.

San Salvador, Agosto 11 de 1885.

Señor don Francisco Castañeda. — Pte.

Muy señor mío :

En los siguientes términos me ha parecido dar contestación á su apreciable fechada ayer.

Creo no equivocarme al afirmar á usted la certeza de su pregunta sobre traslación del Gobierno de Figueroa á San Miguel; tanto porque aquella traslación era tan oportuna cuando la guerra llevaba trazas de hacerse centro-americana, como porque se aseguraba la llave del Golfo y se expeditaban los compromisos pactados en la guerra anterior, y *algo mas*, como usted dice, *que no apareció por entonces*, y que yo lo dejo bajo el mismo velo.

Comandaba yo entonces el Cuartel de Artillería y recibí orden de hacer la primera remisión de elementos de guerra á La Libertad, para pasarlos á San Miguel y estos montaban á mil rifles y trescientos mil tiros, todo lo que estuvo cargado en carretas listo para salir, cuando se supo por el general Figueroa el aparecimiento del señor Grimaldi por aquella frontera. Esto mudó el aspecto de las cosas: el armamento volvió á los almacenes y se renunció á hacer aquel esfuerzo que habría envuelto á Centro-América en una guerra, cuyas consecuencias no hubiera sido fácil prever en aquella vez. De ahí en adelante, sólo se trató de dar á la revolución una solución satisfactoria, como se obtuvo.

Que el aparecimiento de este Jefe en aquellas circunstancias, con el prestigio que todos le conocen debió dar su resultado natural, aceptando aquellos pueblos la revolución sin un tiro, no se ignoraba en esta plaza.

Sabíamos también aquí, que Nicaragua no estaba sola en la liga y si vino á quedar aislada, débese á algún trabajo que yo no conozco.

Con lo dicho, creo que quedan satisfechas las preguntas de su carta y sólo me resta ofrecerle mis consideraciones de aprecio.

Francisco Ruiz.

Mas si á pesar de esta paladina confesión, los enemigos del señor Grimaldi insisten en que sus movimientos militares no fueron de ninguna significación, no importa; ni él los ha encarecido en su Carta, ni nosotros tenemos empeño en que el doctor Grimaldi, de sabio y pensador, se torne en machetero y perdona-vidas: preferimos para él las glorias pacíficas del estadista al deslumbrante esplendor de los triunfos del guerrero: hermoso y difícil es vencer en el campo de batalla, pero más hermoso y más difícil es, á nuestro juicio, vencer en la voluntad, y si al doctor Grimaldi no se le presentó ocasión de alcanzar lo primero, obtuvo lo segundo.

Si Costa-Rica no siguió la suerte de Nicaragua, según tratados secretos que las ligaban, débese á trabajos relacionados con los sucesos de Amapala, de que nos ocuparemos después, si el caso lo requiere: sólo esto ya es bastante para que la revolución esté agradecida al señor Grimaldi por sus servicios que, en todo caso, valieron más que los de ciertos sujetos que *por casualidad* se encontraban en Santa-Ana al estallar aquella en Chalchuapa.

Nulificar los auxilios de Costa-Rica equivalió á evitar nuevos combates sangrientos, como el de Santo Domingo, acelerando así el desenlace de la campaña que, según se creía, "llevaba trazas de hacerse centro-americana." Si estos oficios no tienen ninguna importancia, preciso es confesar que no hubo ninguno, hasta los más decisivos, que la tuviera. Pero no, señor escritor de "El Chachacaste," no hay que cegarse, y necesario es dar al César lo que es del César y á los hombres lo que se merecen.

Pero hasta aquí el escritor, con todo y negar la verdad, no aparece tan apasionado como en el resto de su artículo. Enfurécese porque el señor Grimaldi haya dicho que "los empleos son el cáncer de la política, una calamidad para los hombres de trabajo, el lodo en que se agitan los mendigos de toda administración &" frases todas destinadas á significar las terribles consecuencias de la empleomanía, tan hondamente arraigada entre nosotros. Ya suponíamos que al leer la *Carta* del señor Grimaldi mas de alguno saltaría defendiendo los empleos, pues en ella se ataca y con toda franqueza el hábito que existe de vivir de ellos.

Y bien tristes son por cierto las consecuencias que este hábito produce: más de un caso podríamos citar en que la cos-

tumbre de ser empleados ha llegado á inutilizar por completo á hombres por mil títulos recomendables, concluyendo por labrar la desgracia de sus familias. Y si tomamos en cuenta que muchas veces un empleo es la causa de tantas bajezas, de tantas desvergüenzas, aquí donde los sentimientos de dignidad y decencia carecen de la solidez necesaria para resistir á las tentaciones del favoritismo y del lucro, aparecen aun muchísimo mas claras las verdades que de una manera tan enérgica ha expresado el señor Grimaldi.

Que á los empleomaniáticos no les agrade que se les hable con tanta entereza, no es extraño; á ninguno le gusta que se desacredite su profesión, y entre nosotros no parece sinó que todas están reduciéndose á una—la empleomanía. Esa multitud de médicos sin clientela, abogados de pacotilla, etc., están todos con la vista fija en el presupuesto, y natural es que cuando se reprueba la tendencia de vivir adherido á él. todos aquellos se sientan heridos en lo mas sensible. Mas no importa, las verdades enunciadas por el señor Grimaldi no tienen vuelta de hoja. El trabajo, y sólo el trabajo independiente, es el medio de regenerar á nuestros países. Hacer su propaganda es dar muestras del más puro patriotismo; vivir de él, es dar un alto ejemplo de moralidad. ¡ Bendito sea el trabajo y sus apóstoles ! . . . .

Pero . . . la marea sube : para denigrar al señor Grimaldi el autor del artículo en referencia calumnia, deprime, insulta, la memoria del general don Gerardo Barrios; y todo, ¿ por qué ? Porque al señor Grimaldi se le antojó decir que él usa las divisas de Morazán y Barrios aquí, como hubiera usado en el Norte y en Colombia las de Washington y Bolívar, y el gorro frigio en Atenas. Vaya un pecado ! Pues sepa, señor anonimista, que todos los liberales hacemos y hubiéramos hecho lo mismo, y eso no por una vana pretensión. sinó porque con el alma admiramos á aquellos ilustres patricios. benefactores de la humanidad y genios preclaros de la libertad y el progreso. ¿ Cree usted que alguno de nosotros le reprocharía que usara la flor de lis, se encasquetara un sombrero al dos, ó llevara la divisa *verde* y *amarillo* como distintivo de la clase de ideas que usted profesa? Absolutamente; al contrario, se lo agradeceríamos para evitarnos así desengaños como el que con su artículo ha producido entre sus compatriotas, entre quienes está el autor de estas líneas.

Pero bien, vamos al caso : en el editorial de "El Chachacaste" se dice que el general Barrios (don Gerardo) fué dos veces traidor, demagogo, déspota y hasta sanguinario. Aquí el reaccionarismo del escritor se deja ver en su más repug-

nante desnudez. Ese odio, esa pasión, tan malamente disimulada al emitir tan adversos juicios, no puede nacer sino de la obcecada exaltación de partido, y siendo esto así, tales conceptos se destruyen por sí solos; y si no, ahí está la historia.

El único gobierno que ha dejado un partido bien acentuado, entusiasta y afianzado en el corazón del pueblo, es el de Gerardo Barrios: á ese partido pertenecen el general Menéndez y el doctor Grimaldi, el pueblo salvadoreño y, hasta puede decirse, lo que se llama liberalismo en las otras repúblicas centro-americanas. Un déspota no puede ser el ídolo de un pueblo, y mucho ménos, dejar en pos de sí tanta adhesión y tanto cariño como se consagra á la memoria de Barrios. Este fué reformador avanzado, espíritu progresista de inmensa talla que, dado el caso, pudo sostenerse durante nueve meses en pié de guerra contra las huestes de Carrera, Martínez y Medinón, los tres déspotas conservadores que asolaron y llenaron de espanto sus respectivos países.

La dictadura de Barrios nació de las maquinaciones del clero, de las intrigas de los conservadores, ladrones del foro y del fisco, de las exigencias de los "mendigos de empleos," de los ambiciosos, merodeadores, rezagados, elementos corrompidos del pasado, cuyas oleadas chasqueaban en el pedestal de aquel coloso que en cada decreto rompía brechas al progreso y á la idea. Esa dictadura, creada por los que ahora la maldicen, y cuyo carácter de tal jamás hemos negado los liberales, flamea en la historia como una de las glorias salvadoreñas iluminando una época turbulenta y agitada para todo Centro-América. El honor, la virtud, el mérito, la probidad, campeaban en aquel Gobierno de iniciativa y movimiento civilizador: el país avanzó en poco tiempo, el tesoro público nunca se ha visto en mayor abundancia, la instrucción pública, la milicia, las industrias, nunca mejor atendidas y, seguros estamos, de que la Constitución hubiera sido un ídolo para el genio de aquel hombre extraordinario, si el espíritu de revuelta no hubiera turbado las faenas de su Administración.

Muchos gobiernos han surgido de movimientos revolucionarios, y á más de uno de sus cabecillas se les ha tildado con los mas despreciables calificativos. El mismo Menéndez, que ahora recibe los homenajes de todos, fué declarado *traidor*, *faccioso*. La revolución de Gerardo Barrios, como la de Menéndez, no produjo desastres; un golpe de estado fué bastante para cambiarlo todo, y la historia bendice ese golpe de estado como bendecirá, sin duda, las acciones de Chalchuapa, Santa Ana, Santo Domingo, &., en que que-

daron triunfantes las tropas de Menéndez. Y sin embargo, los detractores de Barrios, que se bañaron en la sangre del pueblo para colocar á Dueñas en el poder, no se cansan de repetir que Barrios subió al solio presidencial por medios reprobados. ¡Oh, abyecta aberración, cómo ciegas á los hombres!....

Pero ya se ve, quien ahora escribe contra Barrios, es hijo de quien, nó menos obcecado, escribió contra aquel caudillo cuando se encontraba en una silla ministerial, durante la administración de Campo, y su adversario entre los *caídos*, como el árbol seco del que hicieron leña.

Otro de los puntos de la Carta del señor Grimaldi que desfigura su detractor, es el que se refiere al hecho de que Dueñas estuvo en sus manos, dejando entender al mismo tiempo que él (el señor Grimaldi) y la viuda del general Barrios, provocaron un motín encaminado al asesinato de Dueñas. ¡Qué desfachatez! Con qué sangre fría se intenta falsear la historia! Mas es esto un vano intento, toda vez que siendo tales sucesos de ayer, son de todos conocidos en esta capital. Excusamos por eso toda refutación de nuestra parte, y como el más solemne mentís al oculto calumniador, publicamos los documentos siguientes:

San Salvador, Agosto 1º de 1885.

Señor don Francisco Castañeda.

Muy señor mío:

El año 72, durante la guerra de Honduras y ausente el general González, estuve en la guardia que custodiaba al prisionero Dueñas. El señor Méndez quedó encargado de la Presidencia, el señor Arbizú, Ministro de Relaciones, estuvo muy enfermo, el señor Bustamante, Ministro de la Guerra, salió á la campaña, quedando sólo el señor Méndez y el señor Grimaldi. Yo daba cuenta diariamente á este último de las novedades del prisionero y recibía sus órdenes. Desde el primer día me advirtió el señor Grimaldi que yo había sido escogido, como sobrino del general Barrios, para probar á los conservadores que no éramos asesinos y me encargó tratarlo bien. Doña Adelaida me hizo siempre las mismas indicaciones, que cumplí sin haberme arrepentido nunca.

Para salir de Dueñas en aquella vez, nada más fácil, cuando era necesario estar calmando el furor del pueblo y de la tropa. Si yo hubiera sido inclinado al crimen, ningún obstáculo se me presentaba, y en cuanto al señor Grimaldi, no tenía más que haberlo indicado, y el hecho se habría consumado quedando oculto su nombre.

Así contesto su apreciable, suscribiéndome su servidor y amigo. — *Ramón Barrios.*

Su Casa, Agosto 12 de 1885.

Señor don Francisco Castañeda. — Pte.

Muy señor mío :

En contestación á la atenta de usted fecha de hoy, tengo el gusto de manifestarle : que fuí testigo presencial de lo ocurrido en la noche del 4 de Julio de 1872, día en que este pueblo supo la libertad del doctor Dueñas.

Como á las 8 de la noche, se reunieron en el atrio del Calvario de esta capital más de 300 ciudadanos armados de rewólveres, puñales y machetes, con el objeto, según decían, de hacerse justicia por sí mismos en la persona del señor Dueñas, ya que el Gobierno del general González se hallaba empeñado en negarla.

Me consta también que ese mismo grupo se dirigió á la casa de habitación del doctor Dueñas, deteniéndose en la calle, frent á la casa, y desde allí lanzó provocaciones á gritos que se oían á 2 ó 3 cuadras de distancia. Nadie podía dudar, al ver el frenesí de aquel pueblo, que una sola chispa, una sola palabra de aliento, habría bastado para destruir hasta á los que hubieran querido contener aquel torrente impetuoso y desbordado. Decíase allí que de la casa del señor Dueñas irían sobre el cuartel á proclamar al señor Grimaldi como caudillo de la revolución.

Alarmado con esos sucesos, pasé á casa de la señora doña Adelaida de Barrios á informarle lo que pasaba y á buscar al señor Grimaldi, Ministro entonces del Supremo Gobierno, para que escogitásemos los medios de impedir una catástrofe. Este señor llegó un momento después preguntándome lo que ocurría, y al saberlo, pareció sorprenderse de un hecho completamente ignorado por él. Meditamos. El señor Grimaldi tomó su resolución, y al salir nos dijo la señora de Barrios : " *Que no se derrame una sola gota de sangre, ni llegue á tildarse de asesino el partido por el cual mi esposo se sacrificó. ¡ Qué quede para Dueñas y los suyos tan negra mancha !* "

La posición del señor Grimaldi era difícil. En su calidad de Ministro, no podía permitir la toma del cuartel : no podía tampoco asilarse en él y ametrallar al pueblo, destruir á los suyos y reprimir la indignación general, procedente de la impunidad : dar parte al jefe de la Nación (que en aquel momento lo era el señor doctor Méndez), habría sido una delación vergonzosa. Había, pues, que ocurrir á la seducción y á la oferta del castigo que se aplicaría al señor Dueñas, conforme á la ley, y así se hizo. Este era el único camino que podía calmar la excitación de aquel pueblo enfurecido, y el que ya había comenzado á trazar al señor Grimaldi desde el Senado, donde hirió de muerte al crimen. Repito que éste fué el único medio que pudo salvar la situación, y tan inmenso bien se debió á la energía é inteligencia del señor Grimaldi.

Así contesto á su grata citada, agradeciéndole la ocasión que

Ud. me ha proporcionado de rectificar un hecho tan conocido, y que sólo la calumnia podría alterar.
De Ud. con agrado, muy atento servidor.—*M. Dorantes.*

Frustrado así este crimen, el siguiente día se pensó en una revolución liberal contra el gobierno de González, movimiento de que hablan la carta y contestación que van en seguida :

San Salvador, Agosto 9 de 1885.

Señor doctor don Rafael Reyes. — Pte.

Muy señor mío y amigo :

Deseando desvanecer por mi parte las imputaciones que se han hecho contra el Sr. Dr. don Antonio Grimaldi, ruégole recordar si es cierto que el año de 1872 se reunieron muchos calvareños, en ocasión que González se encontraba en una hacienda suya, llamaron al señor Grimaldi, le propusieron el Gobierno Provisorio, ofreciéndole tomar los cuarteles, y que éste les contestó que siendo Ministro, no podía traicionar á su Gobierno y se retiró firme en su propósito de lealtad, con lo que se disolvió la reunión.
Si es cierto que el 17 de Julio del mismo año se dió el decreto de dictadura y que el señor Grimaldi se retiró el día siguiente, 18, del Ministerio, sin que hubiese la más ligera idea de destitución.
Si es así mismo cierto que el 1º de Agosto fué preso el señor Grimaldi por haber hecho prevalecer los conservadores que aquella reunión de calvareños fué provocada por él, cosa que ocasionó su extrañamiento del país; y que vuelto un mes después de su destierro y convencido González de la infame calumnia, le dió pruebas de confianza mandándole de Gobernador á Usulután, donde Samayoa quería levantar la bandera revolucionaria.
Suplicándole se sirva contestarme al pié de la presente, me es grato suscribirme de usted su atento y seguro servidor.

Señor don *F. Castañeda.*

Estimado señor y amigo :

Contesto su anterior manifestándole á U. que en 1872, en las circunstancias que U. se sirve referir, se ofreció la presidencia al doctor don Antonio Grimaldi, y á ello se negó á pesar de los muchos elementos con que se contaba para hacer triunfar aquel pensamiento. (*) También me consta que poco después de haberse emitido el decreto estableciendo la dictadura en aquel mismo año, el dector Grimaldi renunció espontáneamente el Mi-

[*] Parece que los *muchos elementos* de que habla el señor doctor Reyes eran la opinión pública en completa exaltación y serios compromisos obtenidos en los cuarteles mismos. Adán Mora, jefe de un cuartel, era el más exaltado en favor de la revolución.

nisterio de Gobernación, que tenía á su cargo, y á principios de Agosto, después de haber estado preso durante algunos dias, fué expulsado del Salvador. Siendo cierto que después de su extrañamiento y convencido el general don Santiago González de que el doctor Grimaldi había sido víctima de una calumnia, le nombró Gobernador del departamento de Usulután.

Aprovecho esta oportunidad para suscribirme de U. muy atento servidor. — *Rafael Reyes.*

San Salvador, Agosto 13 de 1885.

Con todos estos documentos creemos haber demostrado que la Carta del señor Grimaldi se funda en hechos ciertos, y que quienes lo atacan, se valen de la calumnia: para lograr esto no hemos omitido ninguna diligencia para obtener dichos documentos y estamos dispuestos á publicar otros tantos más, si á ello se nos obliga. No queremos que se nos crea sólo por nuestra palabra: el testimonio de muchos, máxime si son personas honorables, vale más que el de un solo individuo.

Además, así se verá que el señor Grimaldi no está solo, y que al atacarlo se ataca al partido liberal á que pertenece.

Para concluir, hemos de manifestar que el artículo á que hemos contestado se encuentra en contraposición con el programa de "El Chachacaste." ¿O será que el colega defiende y ataca personas y no sistemas?

El tiempo ha de sacarnos de la duda.

Habíamos concluido con lo anterior nuestra defensa del señor Grimaldi, cuando nos llegó la carta que á continuación insertamos. Antes hemos pedido á este señor sus telegramas y correspondencia de Junio y Julio, donde según el sentir del joven don Elías Lazo, escribiente suyo y telegrafista ambulante durante los sucesos, están todos los datos minuciosos de la revolución y sus conexiones en las otras repúblicas; pero él se ha negado en absoluto, indicándonos que se publicarán cuando el caso lo exija y á nadie puedan lastimar, atendidas las circunstancias de actualidad.

Jiboa, Agosto 2 de 1885.

Señor don Francisco Castañeda.

Muy señor mío:

Los obstáculos y contrariedades que sufrimos en Amapala y pueblos fronterizos débense á la neutralidad siniestramente eje-

entada por algunos jefes encargados de la vigilancia y reconcentración de los emigrados. Forzados á dejar el armamento y parque, obligados á disolvernos y previendo los resultados de esto, hubo necesidad de pasar la frontera por diferentes puntos y sin organización aparente, hasta que tomada la margen occidental del Guascorán se nos incorporó la facción de Pasaquinita en número de 35 hombres, agregándose simultáneamente los nicaragüenses que buscaban al general Alegría.

Creo muy oportuno que usted pida al señor Grimaldi los datos referentes á estos sucesos: él era nuestro Jefe, y dudo que un subalterno como yo tenga derecho de hacer público lo que él mismo trató de ocultarnos en el peligro y aun después. Guardaban la plaza de San Miguel más de 400 hombres: ignoro á cuánto montaban las fuerzas de los otros tres departamentos cuando nos movimos de la frontera al centro de Oriente cortadas las comunicaciones con la capital.

Así creo haber contestado su apreciable suscribiéndome su atento servidor. — *Daniel Arias.*

Algo se había dicho de ese desarme y de las fuerzas que vigilaban la frontera por una y otra parte. Sabíamos por el teniente coronel don Antonio Ezeta, segundo Jefe, algunos detalles que hablan muy alto acerca de las disposiciones para incapacitar cualquiera esfuerzo y dirigir la revolución hacia su término sin ocasionar desastres.

Nada nos dice el Sr. Grimaldi en su "Carta á mis amigos" acerca de lo que hizo en aquella campaña: pasa por alto sus oportunos movimientos, y sólo asume la responsabilidad que otros esquivan; debía asumirla por haber obrado sin órdenes del general Menéndez, sin conocer la situación del interior, aislado del foco revolucionario, procediendo por sí y ante sí.

Si él está inscrito en las milicias de Guatemala, si ha militado en Honduras y aquí, si esto ha dado origen á que se le crea apasionado por la *profesión de la sangre* como él la llama, nosotros afirmamos que la vé como una triste necesidad social, y tiene por ella tanta afición como por el sacerdocio, pero no la rehusa cuando los intereses de la patria lo exigen.

San Salvador, Agosto 16 de 1885.

Señor don Francisco Castañeda. — Pte.

Damos á U. las debidas gracias por el interés que se ha tomado en reunir los documentos que justifican la conducta del único amigo leal que nos viene quedando limpio en ese juego de intrigas y bajezas que constituye nuestra política, por quien hemos manifestado más de una vez las simpatías que el pueblo tiene siempre por sus defensores.

El señor Grimaldi fué amigo del general Barrios, desde que la reacción apareció armada estrechando las fronteras del país, hasta que recogimos su cadáver en el cadalso para depositarlo en nuestro templo, ya que no podíamos arrebatarle vivo de los sicarios que lo condujeron de noche al matadero, bajo sigilo, tomando precauciones para que el pueblo no sintiese el tropel de los asesinos. Grimaldi se encontraba en el destierro, cuando aquí se derramaba la sangre del amigo que cayó como una maldición sobre los culpables.

Dueñas ha confesado muchas veces haberlo matado porque su inmenso prestigio lo desvelaba y exponía su gobierno á desaparecer arrastrado por la opinión. Esta confesión fué hecha por última vez en Guatemala en casa del general don J. Rufino Barrios, ante el doctor Montúfar y otras personas distinguidas que se pasmaron ante el cinismo de aquel hombre empedernido y avesado á esa clase de actos.

Nunca Grimaldi estuvo en los empleos ni en los goces de aquella progresista administración que contempló y admiró de lejos. Estaba muy joven cuando se inició la guerra del 63, saliendo violentamente de Guatemala á tomar su puesto. Denunció á Barrios los proyectos de Carrera, no fué creído aunque traía cartas de don León Alvarado, pero en seguida se supo tan triste realidad y apareció la liga de Guatemala, Honduras y Nicaragua para destruir al partido liberal.

Los escritos del joven Grimaldi durante la guerra, comunicaban el entusiasmo de su ardiente corazón y propagaban el fuego del patriotismo en que parecían fundirse los arranques del pueblo. Nos daremos el gusto de resucitarlos en otra oportunidad.

Barrios cayó, Grimaldi emigró, volvió con el tiempo, se radicó en una de sus haciendas y rechazó todo puesto con que se quiso corromperlo. Supo que sería electo diputado, trabajó contra su candidatura, sus amigos insistieron, contestó que no tomaría aquel asiento manchado con la sangre del general Barrios y protestó que emigraría. Ante esa protesta consignada en su correspondencia del 66, resolvieron sus amigos respetar su aislamiento sostenido hasta el 71, año en que cayó la nefanda administración Dueñas y apareció en el primer Congreso pidiendo cuenta de tanto crimen, no en *árbol caído*, sino ante un partido que en el mismo Congreso se contrabalanceaba con la naciente revolución y que se había incrustado en ella para salvarse como hoy.

Dueñas había levantado un soberbio capital también habido como el de Zaldívar, y estaba rodeado de sicarios y negociantes que amanecían ricos, siendo esta administración el primer modelo de latrocinios que figura en nuestra historia patria y que aun tiene partidarios entre hombres sin conciencia como los que atacan al Sr. Grimaldi. Ante calumnias tan vulgares, justo es el silencio del Sr. Grimaldi; al pueblo toca levantar el guante: estamos en guardia. — *Unos Calvareños.*

RECUERDOS HISTÓRICOS.

CARTA AL SR. D. FRANCISCO CASTAÑEDA.

Señor y amigo :

Ayer me cupo la suerte de leer en el número 146 de "La República" la brillante defensa que usted con tanto talento como justicia, hace de los méritos y servicios que el erudito doctor don Antonio Grimaldi ha prestado á la causa del progreso en nuestro país.

He leído también con gratitud la que usted hace con sobra de razones y esclarecido juicio de los hechos políticos de la Administración de mi cuñado el general don Gerardo Barrios; y tanto en nombre de la viuda de aquel inolvidable patriota como en el mío, vengo á rendir á usted públicamente en estas líneas los agradecimientos más sinceros.

Hay por desgracia en la sociedad individuos que giran en torno de sus semejantes con el fin de quitar la fama, de arrebatar la vida moral que es el más preciado bien que el hombre tiene en el seno de la conciencia.

Es tan característica esta cualidad del que difama, que forma parte de su naturaleza y asecha por instinto; toma los hechos y los transforma en crímenes y la buena intención en perfidia. Una gota de tinta es capaz de convertirse en un mar de sangre, así como la calumnia para desfigurar la verdad se convierte en el terrible torcedor de la historia, en lo que ésta tiene de más sagrado é inviolable como monumento de certidumbre que alumbra la vida de los pueblos en la perdurable sucesión de los tiempos.

Mas si hay en el mundo quien acometa un rol tan degradante, también hay espíritus justicieros, como el de usted, que tributan al mérito, á los buenos ciudadanos, á los amantes de su patria, testimonios de admiración y amistad; puesto que en los hombres públicos se reflejan los recuerdos y las glorias de la nación.

No pretendo hacer la apología de la Administración del general don Gerardo Barrios. Usted ha dicho lo bastante, en general, sobre la política que aquel caudillo siguió, las dificultades que sus enemigos le creaban á cada paso, la animosidad del

clero, los trabajos de los serviles en Guatemala, en la corte de aquel empecinado Cacique de las montañas al que lanzaron al fin en la injusta guerra de 1863 contra esta República, los desmanes y crímenes que los invasores cometieron asesinando á los Luna. Abelar, Oyárzun y al distinguido estadista don Manuel Irungaray.

No ha mucho un periódico de Santa Tecla, "El Demócrata", decía que el general Barrios había querido destruir aquella población; al día siguiente, otro ("El Padre Cobos,") aseguraba que el mismo general había ordenado distribuir los terrenos vecinos á la ciudad á sus pobladores, proveyéndolos también del elemento vital del agua por medio de pozos artesianos cuyos aparatos vinieron y no produjeron resultados. De aquí, lo cierto que es: la animosidad de los tecleños por los gobernantes que no han querido trasladar el gobierno á aquella población sin atender á las poderosas razones que asisten á los de la antigua Cuscatlán.

No es en estas cortas columnas que se puede remover la historia ni llamar á juicio todas las reminiscencias que forman el criterio sobre los hechos pasados.

Los hombres que pertenecen á la posteridad se hacen resaltar por sí mismos en el cuadro de los acontecimientos, por su organización privilegiada, por sus méritos incontestables, por sus ínclitas acciones. El general Barrios por el impulso que dió á su patria durante su gobierno dió á conocer también su genio, su carácter progresista, su influencia en los hombres de acción á quienes comunicó su espíritu de fuego, su incansable actividad, su franqueza republicana, buscando siempre las altas regiones de las ideas para expandirse como orador magnético, como avisado político y como experto guerrero.

Herido por la pasión y los odios del partido que Carrera entronizó en el Salvador, el noble, el festivo pensador, apesar de sus enemigos, ha dejado una estela luminosa apareciendo como una de las bellas glorias nacionales, y al ser sacrificado por el crimen, la patria ha escrito su nombre en el santoral de sus mártires.

El anónimo es la careta del rubor ó del miedo del que relata hechos que rebajan á su semejante. Pobres de solemnidad del espíritu y del corazón son los anonimistas cuyo goce está en el daño que proporcionan. Tal es el del autor que ha escrito en "El Chachacaste" tratando de usurpador, déspota y sanguinario al general Barrrios, y que usted ha combatido victoriosamente. Esas aviesas calificaciones recordarán al escritor aludido que es más bien en su partido, en el partido de los Carreras, en donde vive el despotismo sentando su poder sobre el cadalso, y que es en vano que quiera envolver en el crimen del *partido negro* la faz luminosa y el espíritu civilizador que caracterizaba el general don Gerardo Barrios, confundiendo malignamente los méritos y el patriotismo de aquel hombre público con lo que él llama despotismo y demagogía, porque Barrios tenía el orgullo del mérito. la aristocracia del talento, que no son capaces de comprender las medianías ignorantes.

Ningún hecho capaz de resistir al análisis histórico ni á la crítica veraz y concienzuda es alegado contra el caudillo liberal. La dictadura que se le atribuye no era más que el celo y vigilancia que tenía en el cumplimiento de las leyes en todos los ramos de la Administración pública persiguiendo á los trastornadores del orden, á los ladrones de la hacienda pública, á los agiotistas. El despotismo que impuso fué: la extinción del fraude, del crimen, del agio, del favoritismo, del fanatismo, el respeto á la autoridad constituida y la represión severa de los viles manejos del partido servil. Esta dictadura fué gloriosa porque cerró el abismo de la revolución en que quería arrojar al país el partido retrógrado.

Se le ha reprochado duramente el golpe de Estádo que de acuerdo con un numeroso partido hizo pasar el poder vacilante de manos del señor Santín á las suyas; insurrección aclamada y que por el sólo poder de la opinión, sin sangre ni dolores, cambió las cosas, cuando el pueblo deseaba ardientemente pasar del quietismo en que se encontraba al desarrollo de las fuentes de prosperidad volviendo la espalda á la falsa tradición. Esto desagradaba á las inteligencias cortas que no comprenden el crecimiento ni el vuelo audaz que toman las almas grandes hacia la aurora que alumbra el renacimiento y los destinos de los pueblos.

El progreso del Salvador se encaminó entonces estimulado por el adelanto de las artes y de las ciencias para cuyo estudio el gobierno del general Barrios hizo venir de Europa inteligentes profesores; en la agricultura concedió primas y exención de derechos para la maquinaria introducida para la labor de los campos ó para la fabricación de productos, considerando cada aparato industrial introducido al país como una victoria más gloriosa que la que corona á los héroes en las batallas. El ejército se reformó, tomó el puesto de noble institución defensora de la patria; se crearon códigos, se reformó la legislación; se ensancharon las instituciones; se extinguió el crédito exterior; se consolidó la deuda interior; y las rentas nacionales tuvieron su debida inversión.

Así de este modo, gobernó aquel caudillo sin grangerías, pues entrado al poder con una fortuna, el crimen se la arrebató y nada pudo legar á su esposa sino la gloria explendente de un nombre inmaculado. Así de este modo aquel gobernante se rodeó de razón, de hombres leales, de soldados desididos, de entusiasmos merecidos, de elementos valiosos que pesaron en la fortuna del Salvador y que sólo la maldad pudo arrebatarle en contra de su patria. Así de este modo dió realce y grandeza moral á su país aquel hombre que desde los tiempos de Morazán [1829] hasta el 29 de Agosto de 1865 en que fué asesinado inicuamente por sus enemigos en el cadalso de San Salvador, no cesó de dar constantes pruebas de leal, desinteresado, patriótico y levantado amor hacia la patria que le vió nacer.

Si hay en la historia de estos países un ejemplo de amor, entusiasmo y adhesión hacia un jefe lo tenemos en el sitio de esta capital en 1863. Barrios, la capital y un puñado de soldados y

artesanos defendían el recinto de la ciudad de nuestros mayores contra los ejércitos combinados del partido servil de Centro América. Y San Salvador y su caudillo sucumbieron ante el número, no ante el valor y la abnegación de sus contrarios.

Léanse las arengas, los manifiestos, los discursos, las cartas políticas del general Barrios y en todos esos documentos se sentirá al hombre veraz, al hombre de corazón, al hombre poseído de ese don del patriotismo que sólo se anida en las grandes almas y en los grandes caracteres. Allí se ve al hombre que persigue una idea, que va en pos de una misión grande; se siente su sér palpitar, se comunica su pensamiento y su entusiasmo como por ensalmo, traspasa á los demás esa alta virtud de amar á la patria por el desbordamiento olímpico de una palabra fácil y arrastradora que abraza toda su idealidad en el bien de su país hacia el cual atrae la revolución de ideas y la mayor cantidad de amor y gloria.

A esto sin duda obedece el generoso sentimiento de usted. señor Castañeda, cuando afirma con sobrada razón, que el gobierno del general Barrios dejó un partido bien acentuado, entusiasta y afianzado en el corazón del pueblo y perpetuado en el seno de esta generación por una tumba que proclama al mártir y recibe cada día el respeto y veneración de los que sin encono ni odio, sinó con la mano en el pecho y la mirada en el cielo, bendicen á los que han hecho el bien á los pueblos y han sabido morir por ellos, por la patria que les dió el sér acumulando sobre su memoria la resplandeciente aureola de la razón y de la sabiduría y los ejemplos magnánimos de la cordura y del valor. Allí reside para la posteridad muy alto sobre la baja y torva calumnia. como todos los grandes talentos, como todos los grandes corazones en el cielo de la historia, elevados á la inmortalidad por el genio.

Nada cuesta al detractor que nada ha hecho por su patria ensuciar el pedestal que la fama ha criado en el monumento moral de los hombres. Nada se respeta ante la verdad y la historia al escarnecer la memoria de un hombre que forma en el cuadro de los hijos beneméritos del Salvador.

Claro es y no muy en el orden debe estar esto para el partido servil de quien Barrios fué terrible azotador. Sí, de ese partido negro que nos traicionó al día siguiente de habernos independizado de la metrópoli, vendiéndonos á Méjico al precio de cruces de Guadalupe y de pensiones sobre mitras y vacantes. A los cuatro años su artera política arrebató al sabio Valle la Presidencia de la República para traspasarla á la persona de Arce, dócil instrumento de sus manejos. Pasó de allí á Comayagua que incendió por medio de don Justo Milla; llevó preso á Guatemala al Jefe del Estado don Dionisio Herrera; puso preso al Jefe de Guatemala don Juan Barrundia; asesinó en la iglesia de Quezaltenango al Vice-Jefe liberal don Cirilo Flores y á varios diputados: cometió crímenes análogos en Salamá; disolvió las autoridades del Estado: puso al tirano don Mariano Aycinena de Jefe Supremo: atrajo con

engaño al coronel Pierson y lo fusiló sin forma de juicio el 11 de Mayo de 1827: lo mismo hizo con don Isidro Velásquez en Guatemala y con otros varios en Quezaltenango en el mismo año; confinó a Omoa á Herrarte, los Espinoza, Cerda, Castellanos y á otros muchos que murieron en infectos sótanos y mazmorras; asesinó á los coroneles Perks y Hall; hizo la guerra al Salvador, quemando los pueblos de Aculhuaca, Cuscatancingo, Paleca, San Marcos y otros varios; incendió en los Altos á San Andrés Xécul; despojó de la Presidencia de la República y vilipendió á Arce; invadió al Estado de Guatemala el año de 32, cometiendo muchos crímenes; sublevó á Omoa enarbolando el pabellón español; entregó las islas de la bahía á la Inglaterra; hizo que el cónsul inglés Chatfiel hostilizase á los Estados centro-americanos que planteaban instituciones liberales y los insultase á bordo de un buque de guerra de S. M. B.; se unió á los opositores el año de 38 para botar á Gálvez; caído éste, se le unió para acusar á los liberales por los cargos que se le hacían, se alejan del bandido que deturpara su causa y entonces ellos, esos conservadores hipócritas, se apoderan de él y lo introducen á Guatemala el 13 de Abril de 1839, llamado por el padre Larrazábal y conducido por el padre Arellano, para poner á la capital y á todos los departamentos en estado de saqueo, violencias y asesinatos, gritando, esos malvados hipócritamente, que eran defensores de la religión. Así conquistó el partido negro al Estado de los Altos y lo agregó á Guatemala; así envió á su caudillo feroz y sanguinario á que viniese en Mayo de 1840 á robar amistosamente en esta capital y á talar y destruir el departamento de Santa Ana; así lo arrojó después á Honduras y dos veces á Chiapas, saqueando á Comitán, cuya población incendiaron, asesinando en el tránsito al general Melo, uno de los libertadores de Sur-América; y por último, destruido el brazo poderoso de la Federación, quebrantó el lazo federal y arrojó en el marasmo estos cinco ignorados fragmentos de la familia centro-americana. Carrera, su feroz Atila, imperó vitaliciamente en Guatemala para escarnio de las Repúblicas americanas; entronizó á Malespín en el Salvador en 1842; nos trajo la guerra en 1854 saqueando los pueblos de esta República, hasta que la mano de Gerardo Barrios saldó tan larga lista de iniquidades con la derrota del salvaje en Coatepeque, en 1863, alumbrando aquel glorioso sol del 24 de Febrero el advenimiento de una era de renacimiento en la política y en las armas nacionales, sol que solo ha vuelto á brillar radiante en los memorables campos de Chalchuapa en 1885.

Este es el partido absolutista bajo cuyo tenebroso imperio han zozobrado los destinos de Centro-América. Este es el único partido que odiará siempre la memoria ilustre de Gerardo Barrios y la de todos los sostenedores de la libertad en el mundo de las repúblicas democráticas.

Soy de U. con todo aprecio y consideración muy atento y seguro servidor.

D. J. Guzmán.

CONTESTACIÓN

AL CRÍTICO DE LA CARTA

DEL DOCTOR GRIMALDI.

He leído en el periódico "El Chachacaste", número 5, un extenso artículo el que, á la vez que revela egoísmo y mala fé, trae conceptos que dicen mucho contra la memoria del general don Gerardo Barrios. "Donde duerme el éxito vela la envidia." Convencido estoy de que la voz destemplada y emponzoñada de un enemigo aleve, jamás podrá ser eco entre personas sensatas y contra lo que ya está bajo el dominio de la historia.

La mejor contestación que pudiera darse á una crítica injusta, llena de falsedades, sería el desprecio; pero el silencio que se había guardado, parece que autorizaba para repetir los ataques, los que trataré de desvanecer patentizando los verdaderos hechos á fin de que el público juzgue y pronuncie su fallo.

Tanto el general Barrios como el doctor Grimaldi, están muy por encima de la calumnia é insultos que gratuitamente les prodiga su enemigo; y si me tomo la molestia de contestar, es solamente porque no faltan algunos ilusos que, participando de las mismas ideas, han hecho iguales apreciaciones. El mismo crítico está convencido de la inexactitud de sus aseveraciones, cuando no tuvo ni el valor ni la franqueza de autorizarlas con su firma, cual conviene á un hombre digno que tiene firme convicción de lo que escribe.

Tratando el refutador de hácer la palabra rojismo lo que siempre, apellidando asesino al partido liberal; siendo así, que los asesinos y ladrones por excelencia han sido en todo tiempo los retrógrados, se expresa así: "Aquí canta claro el señor Grimaldi y se declara partidario del general Gerardo Barrios. Pero examinemos que fué el general Barrios para saber de lo que es partidario el señor Grimaldi." Esto es lo que yo también quiero que examinemos para qúe se convenza Ud. y otros partidarios de su opinión, que por ignorancia ó de mala fé, profesan las mismas ideas. Comenzaré por narrar la historia de la primera traición.

El general Barrios, que desde la muerte del general Morazán se había concretado al comercio, al tener noticia de la prolongada campaña nacional contra los filibusteros, vino voluntariamente de San Miguel á ofrecer sus servicios, como militar, al Gobierno del señor Campo, los que le fueron aceptados con agrado, acreditándole inmediatamente con el carácter de Enviado Extraordinario cerca del Gobierno de Guatemala que presidía el general Carrera. El principal objeto de su noble misión era ponerse de acuerdo con Carrera en las operaciones militares contra la invasión filibustera. Barrios con el patriotismo y su elocuencia natural que le caracterizaban y que no abandonó en medio de las balas, ni en medio de los puñales, al inmolarlo sus enemigos, y que no se han atrevido á negarle, habló así á Carrera en el discurso de estilo al poner en sus manos las credenciales: "He sido de vuestros enemigos el más decidido y franco en el terreno de los principios desde en tiempo del general Morazán; pero cuando la independencia de la patria la veo amenazada, depongo ante el peligro común todos los odios y resentimientos pasados y deseo contribuir en la medida de mis fuerzas á la defensa." Esta franqueza agradó mucho á Carrera, se estrecharon las manos y se prometieron caminar de acuerdo hasta lanzar del suelo centro-americano á los filibusteros.

La mayor parte del ejército que debía obrar contra Walker, estaba ya en Nicaragua y se recibieron noticias tanto en esta ciudad, como en la de Guatemala que estaba desorganizándose, así por rivalidades anteriores como por la falta de cohesión, por carecer de un jefe de moralidad é ilustración que fuera bien aceptado del ejército.

Barrios desempeñó con buen éxito su misión en Guatemala y regresó á esta ciudad, donde recibió el cuerpo de ejército con que debía operar y marchó á Nicaragua inmediatamente con el mando de General en Jefe de los ejércitos expedicionarios, debiendo por consiguiente ponerse bajo sus órdenes los demás generales que allá estaban. Cuando él llegó la campaña casi estaba terminada. El general Belloso y otros jefes no pudieron disimular su enojo al recibir la orden de obedecer á Barrios; quien al propio tiempo recibió del Presidente Campo otra orden de entregar el ejército de su mando á Belloso, por influencia de sus enemigos don Juan José Bonilla, Ministro del Gobierno, y don Enrique Hoyos. Barrios al recibir un ultraje de esta naturaleza para el cual no había dado ningún motivo, se consideró dañado en su honor, y por su parte, también desobedeció la orden con mucha razón, puesto que no solo por este Gobierno estaba autorizado, sinó también por el de Guatemala, de donde acababa de venir de desempeñar una misión de honra y provecho general en la que contrajo solemnes compromisos. Esta conducta del Gobierno poco acomodada á las circunstancias porque se cruzaba, infundió desconfianza á uno y otro caudillo, tocó en ellos el amor propio y dió por resultado una completa desorganización en el ejército, que á no ser la prudencia de Barrios y el es-

tar ya casi terminada la campaña, quién sabe que fatales consecuencias hubiera producido. El general Belloso, Juan José Cañas, Francisco Iraheta y otros oficiales tomaron la resolución de venirse, abandonando sus respectivos puestos. Al llegar á Cojutepeque dichos individuos con el objeto de pronunciar más al Gobierno contra Barrios, le hicieron creer que éste trataba de insurreccionarse con el ejército que comandaba, que ésta y no otra cosa era lo que hacía en Nicaragua; y como si tal embuste no bastara para el logro de sus malos propósitos, también propalaron la noticia entre la gente ignorante de que Barrios traía el cólera; todo lo cual les producía buenos resultados. Cuando Barrios tuvo noticia de tanta maldad de sus enemigos y que en su patria, por la cual había sacrificado su reposo y sus intereses con la mayor buena fé, se le tenía como un traidor y como el más enemigo del pueblo, conocedor de cuanto más eran capaces sus detractores, tomó la resolución de regresarse y en efecto se embarcó en Puerto-Realejo y desembarcó en La-Libertad; no sin haber hecho antes un gran servicio evitando un rompimiento entre las fuerzas guatemaltecas mandadas por el general Zavala y las de Nicaragua mandadas por el Presidente Provisorio don Patricio Rivas, que por enemistad anterior entre los dos jefes iba á verificarse. Ya en esta ciudad Barrios, el cúmulo de sus enemigos rodeando al Gobierno en Cojutepeque, le instaban para que procediera contra él; esta circunstancia y los ruegos de muchas personas notables y en especial de la parte más pudiente del comercio de esta capital, que naturalmente con la traslación del Gobierno á Cojutepeque estaban sufriendo graves perjuicios en sus intereses, decidieron á Barrios de acuerdo con dichas personas, á establecer un Gobierno que tuviera su asiento en esta ciudad y nombraron al efecto al doctor don Francisco Dueñas para que asumiese, en su calidad de primer Senador designado, el mando supremo; pues aunque hubo algunos amigos de Barrios que le dijeron que él se proclamara Presidente, les contestó que nó porque esto era justificar las calumnias de sus enemigos y que él era fiel observador de la ley. Dueñas aceptó de buen grado, pero después de dos ó tres días de estar funcionando, amedrentado por las amenazas que recibiera á cada momento de sus antiguos partidarios Belloso y Ciriaco Choto, que acompañaban al Gobierno, como he dicho, concibió el designio infame y traidor de ponerse de acuerdo con ellos y para llevar adelante sus criminales propósitos inventó ir á Cojutepeque á iniciar arreglos de paz con el señor Campo. Barrios comprendió las ideas que guiaban á Dueñas y el lazo que se le tendía; pero en la esperanza de conseguir la paz, accedió á sus instancias y salió acompañándole hasta el puente de Soyapango, en donde le dijo: "Señor Dueñas, U. no me engaña, sé bien que no volverá de Cojutepeque; pero cualquiera que sea la suerte que me toque, estoy dispuesto á aceptarla; lo único que le encargo en el caso de que haya paz, es que se me den garantías por parte de mis enemigos." Las desconfianzas de Barrios no salieron fallidas, no bien llegó Dueñas á Co-

jutepeque dió á luz una hoja increpando su conducta. Barrios vió que la tempestad iba á desatarse contra él y que era necesario conjurarla; con este fin alistó el ejército de su mando, se puso á la cabeza y marchó sobre Cojutepeque; al llegar al pueblo de San Martín se encontró con un enviado del Gobierno, suficientemente autorizado, que lo era don José María San Martín; éste con las lágrimas en los ojos suplicó á Barrios que no prosiguiera la marcha y que depusiera las armas. Siempre generoso con los malvados, así lo hizo pidiendo únicamente garantías en su persona, las que le fueron concedidas, ofreciéndole además San Martín, que el Gobierno impediría toda clase de perjuicios que le quisieran inferir sus enemigos. Barrios no dudó de estas promesas porque sabía muy bien que Campo era hechura de San Martín; pero tan luego como entregó las armas y llegó á Cojutepeque, fué reducido á prisión, en donde se le prodigaron los más bárbaros ultrajes. Dueñas y los suyos propalaban entre las masas de ignorantes que Barrios había traído el cólera y que á él se debían los estragos de la enfermedad epidémica, por cuyo motivo la muchedumbre instigada y capitaneada por Dueñas, se agrupaba á cada momento en la cárcel queriéndole asesinar; pero la Providencia que vela por los justos, le deparó una señora llamada Gertrudis Osorio (a) Fora, quien desplegó toda energía; se atrajo al populacho, de quien ella era muy querida, reveló al Gobierno los planes de asesinato, hizo que se redoblaran las guardias, y consiguió, en fin, á costa de muchos sacrificios, su libertad. He aquí la historia de la primera traición.

Ahora quiero que me diga el articulista, ¿ quién fué el traidor, Dueñas su señor, Campo, San Martín ó Gerardo Barrios ? ¿ No está demostrado que si Barrios hubiera ambicionado la presidencia, la habría conseguido, porque tenía en sus manos todos los elementos necesarios y lo que es más su gran popularidad ?

Paso ahora á contestar el segundo cargo refiriendo la historia de la segunda traición.

El general Barrios, Jefe del partido liberal, cuando se trataba de las elecciones para Presidente de la República, se puso de acuerdo con todos sus correligionarios, no descansó un instante hasta que vió coronados sus deseos, y don Miguel Santín fué elevado á la presidencia. A poco tiempo de estar en el poder, dispuso éste hacer un paseo por San Miguel; y para que ocupara su lugar, llamó al senador don Miguel Molina, residente entonces en la ciudad de Ahuachapán, quien no pudo venir por razón de enfermedad; y con tal motivo llamó á Barrios, que también era senador designado, y éste quedó en su lugar.

El comercio y vecindario de esta población, aprovechando la oportunidad de que Barrios, á quien consideraban revestido de la suficiente energía, tuviese el mando, se entendieron con él para satisfacer sus deseos de trasladar el asiento de los poderes públicos de Cojutepeque á esta ciudad, á lo que el señor Santín se negaba; le dieron los auxilios necesarios y la capital se trasladó

inmediatamente, lo que se había hecho muy difícil de conseguir por espíritu de localismo.

A su regreso el señor Santín, recibió el mando supremo; más no pudiendo disimular su disgusto por lo ocurrido y por la popularidad á que se habían hecho acreedores Barrios y Cabañas, el primero Comandante general de la República y el segundo Ministro de la Guerra, se puso en pugna con ellos y con todos los que les habían ayudado; por este motivo concibió la idea de eliminarlos de los negocios públicos, y aun se dijo que de desterrarlos, y con tal objeto se esforzó en nombrar ministros á sus más encarnizados enemigos don Francisco Dueñas y don José María Zelaya; pero tal proyecto fué generalmente rechazado y no halló entre los secretarios de Estado quien firmara los nombramientos de Ministro á favor de dichos señores. Esta conducta dejó á Santín en una impopularidad general; sinembargo, Barrios se limitó á conservar bajo sus órdenes la fuerza permanente; Cabañas siguió la misma línea de conducta, firme en su puesto, obedeciendo ambos, las órdenes superiores, mientras el Presidente daba una solución conveniente á las difíciles circunstancias que él mismo había creado; á cuyo efecto llamó con fecha 13 de Enero de 1859 al Vice-Presidente general don Joaquín E. Guzmán para que se hiciera cargo del Poder Ejecutivo, quien recibió el mando el 19 del mismo mes con aplauso detodos. El 15 de Febrero el señor Guzmán resignó el mando en el senador designado don José María Peralta, el cual, á su vez, el 12 de Marzo del mismo año, lo resignó en el general Barrios, que también era senador designado. En el tiempo de su administración, el señor Peralta, convocó á los pueblos á elecciones para Presidente de la República, para el próximo período presidencial que debía empezar el 1º de Febrero de 1860. Reunido el Congreso del 60, el general Barrios le hizo presente que desde su aparecimiento, su existencia en el poder ya no era constitucional y que le excitaba para que designara la persona que debía ejercer la presidencia, mientras se declaraba electo al nombrado por los pueblos. El Congreso con fecha 21 de Enero acordó que el general Barrios continuara interinamente en el poder; y con fecha 28 del mismo mes, declaró popularmente electo al mismo general Barrios, para el período del 60 al 65.

He aquí la historia de la segunda traición; y el lector inteligente que no sea dueñista, guardiolista, ni carrerista etc., como lo es por nacimiento y por conveniencia el crítico, verá que el verdadero traidor fué don Miguel Santín del Castillo, que pagó á Barrios sus trabajos para elevarlo á la presidencia con la mayor ingratitud, concitándole la odiosidad de sus enemigos y rompiendo solemnes compromisos que había contraído con el partido liberal; sin más motivo que haber procurado la felicidad de esta ciudad, levantándola de la postración en que se hallaba.

Dice U. que Barrios arrebató el poder á Santín; tal aseveración me hace comprender que U. no está muy al corriente de la historia de su patria, pues según lo dejo demostrado Barrios no reci-

bió el poder de Santín, sino de Peralta, en virtud de depósito de éste; y aun suponiendo que lo hubiera recibido de Santín, la palabra arrebatar no es de ningún modo aplicable al modo y forma como Barrios recibió el mando. ¿ Donde está pues la traición ? A renglón seguido dice U.: "poder que nunca hubiera llegado á obtener por elección popular, pues era un hombre esencialmente desprestigiado y tenido como demagogo." Esencialmente desprestigiado no; esencialmente aborrecido sí, pero de los políticos como U. pretensiosos á optar puestos, é ineptos para desempeñarlos bien: demagogo no lo era, pues el partido en que sirvió desde su más tierna edad y de que después fué caudillo, es el partido liberal, que significa orden y progreso, por contraposición al servil que significa incendio, robo y matanza; sus compañeros de armas fueron Morazán, Cabañas, Saravia, Villaseñor, Benites etc., etc., y mucha deshonra fuera á su memoria que hubiera pertenecido como U. á los Carrera, Malespín, Guardiola, Dueñas, etc., etc., que han sido el azote de Centro-América y los verdaderos demagogos. Si Grimaldi lleva las divisas de Gerardo Barrios es porque es enemigo de los traidores; es porque es hombre de orden, celoso del cumplimiento de la ley; luego Grimaldi representa á los padres de la patria que murieron defendiendo sus derechos y será grande como ellos, á despecho de los miserables retrógrados.

Que Barrios tenía ambición de mando, no lo niego; pero jamás hubiera empleado medios reprobados; su ambición era noble y grande, tenía en mira hacer la felidad de su patria que gemía en el mas lamentable estado, era un montón de ruinas; no había hacienda pública, sino sólo de nombre; no tenía crédito interior, ni menos en el extranjero; la deuda inglesa crecía diariamente; los Ministerios eran unos verdaderos Azacualpas, llegando á tal estado el derrochamiento que mientras estuvo el Gobierno en Cojutepeque hubo dias que no se pudo despachar por no haber con qué comprar papel; el bandolerismo estaba elevado á una profesión, se tenía como una empresa romana ir y venir de cualquier punto de la República sin ser asaltado en el camino. Así andaban las cosas, cuando Barrios se hizo cargo de la presidencia; si se me prueba lo contrario ó que durante su administración siguió el mismo orden de cosas, caiga sobre su memoria el anatema de la historia, y si no, lleven sus asesinos calumniantes la nota de infames.

Con tales antecedentes, señor articulista, no le parece que aunque Barrios hubiera usurpado el poder, en esto no hacía mas que ponerse á la altura de los grandes hombres, como Lafayette que dijo: "El mas santo de los deberes es alzarse contra una administración ruinosa" ó como Voltaire que dijo: "Los que hacen la desventura de un pueblo no son dignos de dirigir sus destinos." ? No alcanzo á comprender como Ud. dice, *los que acompañamos al general Menéndez*, creyendo que ha podido ser útil, cuando en política la triste idea que tiene está en pugna con todo hecho y con todo principio: aborrece á los buenos gobier-

nos, alaba y bendice á los tiranos; para desprestigiar á un hombre público insulta con ruindad una tumba; quiere ser popular y con su semblante repele al pueblo; se esfuerza por ser firme en sus principios y concluye por besar la mano que le da de latigazos; quiere ser independiente y no puede pasar sin ser presupuestado; lo destierran y al siguiente dia interesa á toda persona á fin de que le concedan volver al destino que le habían quitado, abdicando así sus ideas de ayer. Barrios, cuya memoria insulta U., también es desterrado y de su casa lleva el dinero que quiere, recorre todo el Sur y la Europa y no vuelve hasta que le llaman, siempre firme en sus ideas hasta morir: no *acompañaba por casualidad* á los caudillos, sino que se daban cita para obrar de consuno y les ayudaba con su espada, con gruesas sumas de dinero y con su diplomacia. De estos *demagogos esencialmente desprestigiados* tienen necesidad los hombres públicos, no de políticos improvisados que solo sirven para sentar plaza.

Sigamos con las apreciaciones de su crítica. Dice U.: "Don Gerardo Barrios en el poder abolió de hecho la libertad de la prensa y la libertad electoral...." Esta es la mayor de las calumnias, reto á U. para que me cite un caso siquiera en que algún ciudadano haya sido apaleado, encarcelado ó desterrado por sus publicaciones ú opiniones; algún Juez que haya sido obligado á dar una sentencia en este ó aquel sentido; bajo pena sino lo hace de llamarle embustero detractor del honor ajeno. Cierto que Barrios cuando llegaba á su conocimiento la injusticia de algún Juez venal ó Abogado de mala ley, sin respetar pelo ni color les decía en su propia cara lo que eran y lo mal que habían obrado y si él podía deshacer el agravio lo verificaba é imponía penas á los infractores. Esto dió por resultado que muchos *personajes* que U. conoce tuvieran que ir á la cárcel y otros que andar huyendo. Por esta razón sus enemigos, le llamaron como U. le llama, déspota. Si por despotismo entiende hacer escarmentar á los malvados, en hora buena llámele así que no me doy por ofendido, seguro estoy que solo U. tiene esa idea de despotismo.

En cuanto á los fusilamientos que U. atribuye á Barrios, de Justo Herrera, Suárez, Castellanos y Zepeda, veamos que es lo que hay sobre el particular. Justo Herrera, es cierto que fué fusilado sin forma ni figura de juicio, porque su sola permanencia aun en las cárceles era peligrosa; se le declaró convicto de veintiseis asesinatos, del incendio de un caserío y de un número infinito de crímenes menores, por consiguiente este individuo, cuya pérdida U. llora, no podía permanecer mas tiempo sin grave perjuicio para la humanidad contra la que se había declarado enemigo, sin ejemplo en el mundo; la moral, la religión, el derecho natural, reclamaban sin dilación el desaparecimiento de un bandido sin par; y por mas que U. quiera hacer de un procedimiento aprobado por cuanto de sagrado existe, un hecho criminal, no podrá jamás sino revelándose contra su misma especie.

Suárez fué el que desempeñó el papel principal en la cuestión

entre el Clero y el Estado hasta traer la guerra á su patria y anegar en sangre los pueblos; salía personalmente á sublevar estos contra Barrios; trabajaba en el ánimo de los emigrados de esta República residentes en Guatemala; revelaba al enemigo todos los planes de este Gobierno traicionándolo de la manera más vil, no obstante de ser favorecido por él; sin embargo de todo esto, Barrios hizo cuanto pudo por salvarle la vida; pero el grito de indignación de más de dos mil hombres que peleaban sin descanso, por la autonomía de la patria, rechazaron con amenazas las ofertas de Barrios y le impidieron llevar á cabo aquel acto de clemencia, y á su pesar, lleno de un sentimiento inexplicable, lo entregó al brazo de la justicia.

Castellanos y Zepeda fueron fusilados por traidores, previo Consejo de Guerra; fueron unos de los complicados en la defeccion de Santa Ana, se levantaron revólver en mano contra su jefe el general Cabañas, intimándole con quitarle la vida sinó firmaba el acta de pronunciamiento. El decreto de amnistía, en que hace U. consistir la traición, es cierto que se dió para todos los que se hubieran rebelado contra el Gobierno, que se presentaran á esta Comandancia dentro de tercero dia á defender la patria; dichos individuos se presentaron fuera del término, y aun suponiendo que se hubieran presentado dentro de él, según una carta firmada por ellos y dirigida al traidor González, (autor de la desgracia de este país,) se deduce que no venían con ánimo de gozar de los efectos del decreto de amnistía ni menos á defender á la patria, sino á emprender nuevas conspiraciones contra el Gobierno. Dicha carta fué entregada á Barrios y estaba concebida en estos términos: "Señor general don Santiago González. Ya que nuestros trabajos en Santa Ana han sido infructuosos, nos vamos á emprenderlos de nuevo á San Salvador, donde se nos facilita más." Castellanos fué además sorprendido como á las ocho de la noche por Cabañas y otros en la casa presidencial, armado de un par de revólveres y en actitud de asecho contra Barrios. Por consiguiente, el Consejo de Guerra se les formó 1º por el delito de traición: 2º por insubordinación contra su jefe; y 3º por nuevas conspiraciones. ¿Dónde está, pues, la traición de Barrios?

Usted olvida, señor, que una puñalada envilece la mejor causa; que en el campo del honor, con toda franqueza, pudieron combatir á Barrios; allí le hubieran vencido con honor ó inmolado sin infamia.

Sobre que Barrios intervino en los asuntos políticos de Honduras, es una falsedad de esas que pasan de boca en boca entre personas sin raciocinio y destituidas de sentido común; la mejor defensa sobre este cargo consiste en referir las mismas palabras con que Barrios dió cuenta al Cuerpo Legislativo de aquel año; dijo así: "Señores representantes: Al concluir mi mensaje no puedo menos que manifestaros el horror que he sentido al saber que en la vecina República de Honduras ha sido vil y traidoramente asesinado el Presidente don Santos Guardiola por unos

pocos malvados que él habia acogido incautamente. Aquel país probablemente está en garras de la anarquía, bien que abrigo la esperanza de que habiendo marchado para tomar el mando supremo el Vice-Presidente don Victoriano Castellanos, pueda este hombre lleno de crédito por sus antecedentes, cortar todos los males que amenazan á aquel infortunado pueblo. Al partir el Sr. Castellanos, que se hallaba avecindado entre nosotros, me creí colocado en el estricto deber de ofrecerle todos los recursos de este gobierno para dar paz y orden á aquel Estado, convencido de que los trastornos en un país vecino, siempre son trascendentales, tanto mas que habiendo sido los centro-americanos una sola familia y hallándose en tanto contacto, no es posible dividir nuestros intereses, y mirarnos como extranjeros." Los ignorantes que todo les llama la atención y que no examinan, al ver que el señor Castellanos salió de aquí con algunos auxilios, creyeron que era un plan pre-concebido entre él y Barrios, sin tomar en cuenta que Castellanos era el llamado á ocupar la presidencia y que si se encontraba aquí, era porque tenía intereses comerciales en esta república. En Honduras se dijo que el clero había sido el autor del asesinato por cuestiones políticas, atribuyéndose á Guardiola el envenenamiento del Obispo; también se dijo que un señor Casto Alvarado había asesinado á Guardiola. Los verdaderos asesinos fueron Pablo Aburcia y sus dos hermanos, que habían salido huyendo de aquí por un robo, Pablo Pantoja, Nicolás Romero, Lucio Mónico y Pedro Amador. Si el calumniante tiene datos que justifiquen que Barrios intervino de algún modo, que los dé á luz para que se desengañe el público, pues si bien Guardiola era un malvado, no por eso es menos interesante que sepamos quién fué el verdadero asesino, ya que tratamos de la vindicación de una persona.

Que Barrios dió auxilios á los generales Mora y Jerez, es muy cierto; y la razón que lo guió fué: que aquellos grandes hombres representaban el partido liberal; y aunque Barrios era un hombre *esencialmente desprestigiado*, en concepto de ellos era tenido como sostenedor y protector de las grandes ideas, como la Unión centro-americana. Nicaragua y Costa-Rica, que pudieron llamar á sus hijos traidores han hecho honor á sus méritos vistiendo luto y levantándoles monumentos.

Por sólo este hecho verá el lector, que lo que el crítico vitupera como vicio, las naciones alaban como virtud. Pocas potencias como la Francia se han anegado más en sangre por la implantación de los principios democráticos y la resolución de sus problemas, y nadie ha llamado á sus prohombres *turbulentos;* estaba reservado al político salvadoreño, para oprobio de la ciencia política y mengua de las grandes causas, pronunciarse contra todo hecho.

Con respecto á que Barrios haya preparado contra Carrera la asonada conocida con el nombre el *Violón*, nada sé, de lo único que tengo conocimiento es que contra Carrera hubo tres intentonas : la 1ª el año de 1862 que consistía en caerle encima á los cuarte-

6

les, después de asesinar seis personas del Gobierno, siendo la primera la de Carrera; 2ª, golpe de estado, comenzando por el incendio del Palacio Nacional; 3ª, golpe de estado acaudillado por el general Zavala desconociendo el Gobierno de Carrera, llamada la *serenata de las bufandas*, año de 1863.

En cuanto á que la guerra del 63 solo tuvo por objeto librarse Guatemala, Nicaragua y Honduras de un *vecino maquiavélico* y librarse el Salvador mismo del amo que se le había impuesto; creo que no sólo esto se tuvo en mira, pues desde que entró Carrera con los salvadoreños que lo fueron á traer, (siendo uno de ellos elpadre de Ud.) fué incendiando, asesinando y robando, cosa que no ha pasado hasta estos días. Si su objeto fué librarse del vecino maquiavélico, tristemente han pagado su extravío y los que aun viven, deben avergonzarse de su obra. La situación de esas naciones que caminaron de acuerdo para derrocar á Barrios, es la prueba más evidente de su error; allí están cubiertas de luto, llenas de sangre y gimiendo en la miseria, como una raza maldita abandonada del cielo. ¡Oh, no! pueblos generosos; vosotros no teneis la culpa de tanta desgracia, sinó esos señores de carnaval que os han escarnecido y que hacen alarde de sus crimenes.

Por fortuna los grandes hombres no cuentan con la merecida recompensa de sus sacrificios; Morazán al remacharle los grillos, dijo al verdugo: "Da duro, que éste es el pago que dan los viles á sus bienhechores." Hable, señor, calumnie, escarnezca, lleve la blasfemia hasta el cielo, rompa con sus dientes los huesos de los muertos, que nada importa, "este es el pago que dan los viles á sus bienhechores."

Lo dicho basta á mi propósito, pues están en la conciencia de todos los actos de aquella administración que dió gloria y provecho al Salvador —; y cuando haga la publicación de algunos documentos que existen en mi poder, verá Ud. cual fué la verdadera causa de la guerra del 63 y en lo que viene á parar *la sublime historia.*

San Salvador, Agosto 19 de 1885.

Tránsito A. Espinoza.

